

Giovanni Boccaccio

El Decamerón

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Decameron*

Primera edición: 2014

Tercera edición: 2020

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard/www.elsuarez.com

Imagen: © ACI/Bridgeman

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y las notas: Herederos de Esther Benítez

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1987, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9181-958-5

Depósito legal: M. 5.322-2020

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Proemio

Comienza el libro llamado Decamerón, apellidado príncipe Galeoto¹, en el cual se contienen cien novelas narradas en diez días por siete damas y tres hombres jóvenes.

Humana cosa es tener compasión de los afligidos; y, aunque a todos conviene, mayormente se exige de aquellos que ya han tenido menester de consuelo y lo han hallado en otros; entre los cuales, si alguien precisó de compasión alguna vez, y le fue grata y se complació en ella, ése soy yo. Porque desde mi primera juventud hasta este tiempo viví inflamado por altísimo y noble amor, acaso muy superior a lo que mi baja condición requería. Y aunque los discretos que de ello tuvieron noticia me alabaron mucho y más me estimaron, sufrí yo terriblemente, no por la crueldad de la mujer amada, sino por el excesivo fuego concebido en mi alma a causa de un desordenado apetito que no me permitía contentarme con ningún razonable límite y me hacía sentir pena más veces de las precisas. En dicha pena me sirvieron de tanto alivio los gratos razonamientos de algún amigo y sus loables consuelos que tengo la firmísima opinión de que, sin ellos, hubiera

1. El príncipe *Galeoto* (o Galaor, *Galehault* en el ciclo bretón), uno de los caballeros de la Tabla Redonda, favorece los amores de Lanzarote y la reina Ginebra. Boccaccio «apellida» así su libro porque lo destina a ayudar a las mujeres enamoradas; ya en la *Divina Comedia, Infierno*, V, 137, el famoso verso *Galeotto fu il libro e chi lo scrisse* («Galeoto fue el libro y quien lo hiciera»), aparece en el episodio de Paolo y Francesca de Rímimi con este sentido de «intermediario de amores».

muerto. Pero cuando plugo a Aquel que, siendo infinito, estableció la ley inmutable de que todas las cosas mundanas tuvieran un término, mi amor, más que cualquier otro ardiente, y al cual no había podido romper ni doblegar ninguna fuerza de voluntad ni de consejo ni de vergüenza evidente, ni ningún peligro que de él pudiera seguirse, disminuyó por sí solo con el paso del tiempo, de tal manera que ahora sólo ha dejado en mí ese placer que acostumbra brindar a quien, al navegar, no se adentra en demasía por sus sombríos piélagos; porque aquello que solía ser doloroso se ha mudado en agradable al desaparecer todo afán.

Mas, aunque ya hayan cesado mis tormentos, no olvidaré por ello los beneficios recibidos entonces de quienes, por la benevolencia que me demostraban, sufrieron con mis dolores; ni creo que ese recuerdo se borre nunca, a no ser con la muerte. Y puesto que, a mi juicio, la más recomendable de todas las virtudes es la gratitud, y lo más reprobable el vicio contrario, para no pecar de ingrato me he propuesto –ahora que soy libre– proporcionar algún alivio, en lo poco que pueda, a cambio de los que yo recibí (y si no aprovecha a quienes me ayudaron, que por ventura, por su prudencia o su buena fortuna, no lo necesitan, aprovechará al menos a aquellos que lo hayan menester). Y aunque mi apoyo, o mi consuelo –si queremos llamarlo así– no valga mucho, paréceme que no debo negarlo a quienes más lo necesitan, ya porque les será más útil, ya porque lo tendrán en más estima.

¿Y quién podrá negar que, por pequeño que sea, no convenga mucho más darlo a las amables mujeres que a los hombres? Ellas esconden en sus delicados pechos, pudorosas y avergonzadas, las llamas del amor, cuya fuerza es mayor que la de las visibles, como saben cuantos las han probado y prueban. Además de esto, las mujeres, sometidas a la voluntad, los gustos y los mandatos de padres, madres, hermanos y maridos, viven la mayoría del tiempo encerradas en el reducido círculo de sus estancias, sentadas y casi

ociosas, queriendo y no queriendo al mismo tiempo, entregándose a diversos pensamientos que no siempre pueden ser alegres. Y cuando a causa de ellos penetra en sus mentes la melancolía movida por un fogoso deseo, ésta puede arraigar en sus almas con grave dolor si otras ideas no la alejan; y esto sin contar con que ellas son mucho menos fuertes que los hombres para resistirla. A los varones enamorados nada de eso les ocurre, como podemos ver abiertamente. Ellos, si les aqueja la melancolía o les aflige alguna pena, tienen muchas maneras de distraerse o aliviar sus dolores; si quieren, nada les impide salir de casa, ver y oír muchas cosas, pajarear, pescar, cazar, cabalgar, jugar o mercadear; gracias a esas distracciones pueden aliviar en todo o en parte su ánimo y apartarlo, al menos por algún tiempo, de ideas enojosas; con lo cual, una de dos, o se alcanza algún consuelo o disminuye la tristeza.

Por consiguiente, a fin de enmendar en parte las injusticias de la fortuna, que fue más avara en ayuda donde menos obligado era, tal como vemos en las delicadas mujeres, y para socorro y refugio de las que aman —pues a las demás bastan la aguja, el huso y la devanadera—, quiero contar cien novelas, fábulas, parábolas o historias, como las quera- mos llamar, narradas durante diez días por una honrada compañía de siete damas y tres jóvenes, en los pestilentes tiempos de la pasada mortandad, y algunas cancioncillas cantadas a su gusto por las dichas señoras. En esas novelas se verán placenteros y ásperos casos de amor y otros azarosos acontecimientos, sucedidos tanto en los modernos tiempos como en los antiguos; de los cuales las ya mencionadas mujeres que las lean podrán recibir gusto y solaz, así como útiles consejos para saber lo que hay que evitar y lo que pueden imitar. Creo que con todo esto podrán distraer sus penas. Si ello ocurre (quiera Dios que así sea), den las gracias a Amor que, liberándome de sus ataduras, me concedió poder atender a sus placeres.

Primera jornada

Comienza la Primera jornada del Decamerón, en la cual, después de que el autor explica el motivo de que se reuniesen las personas que se muestran razonando entre sí, bajo el gobierno de Pampinea se razona de lo que más agrada a cada cual.

Introducción

Cuando me abandono a mis pensamientos y considero, preciosísimas señoras, vuestra natural sensibilidad, me doy cuenta de que la presente obra tendrá, en vuestra opinión, un comienzo pesado y enojoso, pues os recordará el hecho doloroso de la mortífera peste pasada, tan dañosa y lastimera para quienes la sufrieron o supieron de ella de otro modo. Más no querría que eso os hiciera desistir de la lectura, convencidas de que al leer sólo encontraréis suspiros y lágrimas. Este horrible comienzo será sólo como una montaña escarpada y pina, pasada la cual el caminante halla una llanura bellísima y riente, que le resultará tanto más grata cuanto más haya penado en la subida y la bajada. Lo mismo que el placer cede su puesto al dolor, así las miserias terminan con la llegada de un acontecimiento feliz.

A este breve disgusto (y digo breve pues en pocas frases se contiene) seguirá prontamente la dulzura y el placer que os he prometido antes y que quizás no esperaseis tras semejante principio sin la inicial promesa. En verdad que, si hubiera podido conducirnos convenientemente por otras sendas a lo que yo deseo, en vez de por tan áspero camino, lo habría hecho gustoso; pero era necesario este preámbulo para comprender todo lo que después se leerá, y empujado por la necesidad me dispongo a escribirlo.

Digo, pues, que en el año mil trescientos cuarenta y ocho de la fructífera Encarnación del Hijo de Dios llegó una mortífera pestilencia a la egregia ciudad de Florencia, nobilísima entre todas las italianas. Producida por influen-

cia de los astros o enviada a los mortales por la justa ira de Dios para corrección de nuestras iniquidades, se había iniciado unos años antes en Oriente; arrebató innumerable cantidad de vidas y, sin asentarse en un solo lugar, se extendió continuamente hasta que, por desgracia, llegó a Occidente.

No valieron contra ella ningún saber ni providencia humana: ni los oficiales encargados de purgar de inmundicias la ciudad, ni la prohibición de que entrasen en ella los apesados, ni los numerosos consejos para preservar la sanidad, ni siquiera las humildes súplicas dirigidas a Dios por las personas devotas, no una vez sino muchas, en procesiones o de otra guisa; casi al comienzo de la primavera del año antes dicho empezó horriblemente y de asombrosa manera a mostrar sus dolorosos efectos. La peste no se manifestó como en Oriente, donde una hemorragia por la nariz era signo evidente de una muerte inevitable: aquí, al principio, aparecieron hinchazones en las ingles o bajo las axilas de las personas de ambos sexos; algunas crecían hasta alcanzar el tamaño de una manzana ordinaria y otras de un huevo, unas más y otras menos, y el vulgo las llamaba bubones. En breve tiempo el mencionado bubón mortífero empezó a aparecer y a crecer en otras partes del cuerpo distintas de las dos antes dichas; y después de eso la enfermedad comenzó a mudarse en manchas negras o cárdenas que brotaban en los brazos y por los muslos y en cualquier parte del cuerpo, unas grandes y espaciadas y otras diminutas y abundantes. Y de la misma manera que el bubón había sido primeramente y aún era indicio certísimo de muerte futura, así eran éstas a quienes les sobrevenían.

Parecía que ante esta enfermedad nada valían ni aprovechaban los consejos de los médicos ni las virtudes de las medicinas; más aún, ya fuese porque la naturaleza del mal no lo sufriese, ya porque la ignorancia de quienes lo medicaban (cuyo número había aumentado enormemente, pues a los

sabios se habían añadido hombres y mujeres que nunca habían estudiado la medicina) nada sabía de sus causas y, por consiguiente, no podía ponerle remedio, el caso es que muy pocos sanaban y casi todos, al tercer día de aparecer los síntomas, quién antes, quién después, morían, sin que la mayoría tuviera fiebre u otro accidente. Esta pestilencia tuvo tanta más fuerza porque se propagaba de las personas enfermas a las sanas con la misma prontitud con que se propaga el fuego a las cosas secas o engrasadas que a su vera se encuentran. Y aún hubo más, pues no sólo el hablar o el tener trato con los enfermos contagiaba a los sanos y les causaba la muerte, sino también el tocar las ropas o cualquier otra cosa tocada o utilizada por los apestados parecía transportar tal enfermedad hasta el que tocaba.

Lo que ahora voy a narrar es tan extraordinario que nunca me hubiera atrevido a creerlo, y menos a escribirlo, aunque me lo contara gente digna de crédito, si no lo hubiéramos visto con nuestros propios ojos otros muchos y yo. Digo que la pestilencia mencionada tuvo tan grande fuerza de contagio, que no sólo se pegaba de un hombre a otro, sino que (y esto ocurrió visiblemente en más de una ocasión) cuando algún animal de otra especie que el hombre tocaba algo perteneciente a un apestado o a un muerto de la enfermedad, se contaminaba en muy breve tiempo y moría enseguida. Con mis propios ojos, como antes dije, presencié más de una vez semejante experiencia: estaban tirados un día en la vía pública los harapos de un pobre hombre que había muerto de la enfermedad; se acercaron a ellos dos cerdos, y, según su costumbre, primero los removieron con el hocico y después los mordieron con los dientes y se los restregaron contra el morro; instantes después, tras unas contorsiones, como si los hubieran envenenado, ambos a dos cayeron muertos al suelo sobre los malhadados harapos.

Tales cosas y otras semejantes o peores engendraron en quienes quedaban con vida diversos temores y figuraciones;

y casi todo desembocaba en un fin harto cruel: esquivar a los enfermos y sus cosas y huir de ellos; al obrar así, creía cada cual asegurar la propia salud. Había quienes pensaban que la sobriedad y la moderación les harían resistir la desgracia y, formando sus grupos, vivían separados de los demás; recojiéndose y encerrándose en casas donde no había ningún enfermo y podía vivirse mejor, usaban con gran templanza de comidas delicadísimas y óptimos vinos, huían de los excesos y, sin permitir que nadie hablase o trajese noticias de fuera, de muerte o de enfermos, se entretenían con la música y los placeres que podían tener. Otros, inclinados a la opinión contraria, afirmaban que la mejor medicina para tanto mal era beber mucho, disfrutar, cantar y divertirse, satisfacer lo mejor posible todos los caprichos y reírse y burlarse de cuanto ocurría; y tal como lo decían lo ponían en obra como podían, yendo día y noche de taberna en taberna, bebiendo sin tasa ni medida, y lo mismo y más hacían en las casas ajenas, con tal de que en ellas hubiera cosas que les agradaran. Esto les resultaba sumamente fácil, pues cada cual (como si no debiera vivir mucho tiempo) había abandonado sus bienes, con lo que la mayoría de las casas eran comunes y las usaba lo mismo el extraño, si así le convenía, que su propio dueño; y a pesar de este comportamiento de fieras, huían de los apestados cuanto podían.

En el estado de aflicción y miseria de nuestra ciudad, habíase desvanecido la venerable autoridad de las leyes humanas y divinas, a falta de magistrados que las hicieran cumplir; éstos, como los demás hombres, estaban todos muertos o enfermos o habían quedado tan carentes de servidores que ningún oficio podían hacer, de manera que cada cual obraba a su antojo. Muchos otros observaban una vía intermedia entre las dos antedichas, sin restringirse en las viandas como los primeros ni caer en la bebida y las otras disoluciones de los segundos. Usaban de todo según sus apetitos e iban de un lado a otro, sin encerrarse, llevan-

do en la mano flores, o hierbas de olor, o diversas clases de especias, que se acercaban con frecuencia a la nariz, ya que estimaban que era cosa excelente confortar el cerebro con tales olores, pues el aire entero parecía impregnado y maloliente por el hedor de los cuerpos muertos, de los enfermos y de las medicinas.

Algunos eran de sentimientos más crueles (como si por ventura fuese más seguro), y decían que no había mejor medicina contra la peste que huir de ella; movidos por este argumento, sin ocuparse más que de sí mismos, muchos hombres y mujeres abandonaron su ciudad, sus casas, sus posesiones, sus parientes y sus cosas, y buscaron las ajenas o al menos el campo, como si la ira de Dios no fuera a seguirlos allá para castigar la iniquidad de los hombres con aquella pestilencia, y debiera oprimir sólo a los que se encontraban dentro de las murallas de la ciudad, como avisando de que ninguna persona debía quedar en ella y ser llegada su última hora.

Y aunque estos que opinaban de tan diversas maneras no murieron todos, no todos se salvaron; ya que cuando muchos de ellos contrajeron la enfermedad, en diversos lugares, languidecieron abandonados de todos, pues ellos mismos habían dado ejemplo a los que estaban sanos. En fin, se vio a los ciudadanos huir unos de otros, al vecino casi no cuidarse del vecino, a los parientes visitarse raras veces y a distancia; el espanto de esta tribulación entró con tanta fuerza en los pechos de hombres y mujeres, que el hermano abandonaba al hermano, el tío al sobrino, la hermana al hermano y a menudo la mujer al marido; y, lo que es aún peor y casi increíble, los padres temían visitar y cuidar a sus hijos, como si fueran extraños. Los enfermos, varones y hembras, cuya multitud era incalculable, quedaban sin otro auxilio que la caridad de sus amigos (aunque pocos hubo de éstos) o la avaricia de unos criados que los servían por enormes salarios y abusivos contratos; no abundaban éstos, sin

embargo, y eran hombres y mujeres de cortos alcances y no habituados a semejantes servicios, que casi no valían sino para dar a los enfermos lo que éstos pedían o para verlos morir; y a menudo, al prestar tal servicio, se perdían ellos y su ganancia. De aquel abandono de los vecinos, parientes y amigos, de aquella falta de criados surgió una costumbre desconocida hasta entonces: ninguna mujer, por joven, bella o noble que fuese, tenía reparos, al caer enferma, en tomar a su servicio a un hombre, fuera joven o viejo, ni en descubrirle sin ninguna vergüenza todas las partes de su cuerpo como hubiera hecho ante otra mujer, si la enfermedad así lo exigía. De lo que resultó que las que se curaron tuvieron menos pudor en los tiempos siguientes. Muchas personas no hubieran perecido de habérseles prestado los auxilios precisos; por lo cual, entre la falta de los oportunos servicios, que los enfermos no podían conseguir, y la fuerza de la pestilencia, era tanta la multitud de los que morían día y noche en la ciudad que causaba estupor oírlo decir, y cuánto más mirarlo. Casi por necesidad nacieron entre los supervivientes cosas muy contrarias a las primitivas costumbres de los ciudadanos.

Era habitual, como aún hoy vemos, que las parientas o vecinas se reunieran en casa del muerto, y allí lloraran con las mujeres de la familia; y los vecinos y otros muchos ciudadanos se reunían ante la casa del muerto, acudía el clero y llevaban el cadáver, a hombros de sus pares, con funeral pompa de cirios y cánticos, a la iglesia elegida por él mismo antes de morir. Pero todas estas cosas cesaron en todo o en su mayoría cuando empezó a aumentar la ferocidad de la peste y en su lugar se produjeron otras nuevas. La gente moría sin tener a su alrededor mujeres, y bastantes pasaban de esta vida a la otra sin ningún testigo; a poquísimos se les concedían los piadosos llantos y las amargas lágrimas de sus parientes, y en su lugar se oían en los duelos estallidos de risas y frases ingeniosas, costumbre que las mujeres, pospo-

niendo su natural compasión al interés de su propia salud, habían aprendido óptimamente. Era raro que acompañaran a los cuerpos hasta la iglesia más de diez o doce vecinos y éstos no eran honrados y apreciados ciudadanos, sino una especie de enterradores, salidos del bajo pueblo, que se hacían llamar «sepultureros» y cobraban por sus servicios; cargaban a hombros el ataúd y se lo llevaban presurosos, no a la iglesia que el muerto había dispuesto, sino a la más cercana, detrás de cuatro o seis clérigos con pocos cirios y a veces sin ninguno; éstos no se molestaban demasiado en celebrar oficios largos y solemnes y, con ayuda de los sepultureros, arrojaban lo antes posible al difunto a la primera fosa que encontraban.

Mucho más miserable era el espectáculo de la gente baja y aun de la mediana; éstos, retenidos en sus casas por la esperanza o la pobreza, se quedaban en sus barrios y enfermaban a millares cada día; faltos de cuidados y de toda ayuda, morían casi sin remisión. Había muchos que acababan sus días, a cualquier hora, en la vía pública, y también otros muchos que morían en sus casas, y el hedor de los cuerpos corrompidos era lo primero que indicaba a sus vecinos que estaban muertos; eran muchedumbre éstos y los que por doquier morían. Y la mayoría de los vecinos practicaban una nueva costumbre, movidos tanto por el temor a que la corrupción de los cadáveres los perjudicase cuanto por la caridad hacia los finados: por sí solos o con ayuda de algunos cargadores, cuando podían contar con ellos, sacaban de las casas los cadáveres y los dejaban delante de las puertas, donde, en especial por la mañana, hubiera podido ver un sinnúmero de ellos quien paseara por allí; traían después ataúdes (aunque hubo muchos muertos a los que dejaban sobre una tabla, a falta de cosa mejor) y se los llevaban.

Más de un ataúd encerró a dos o tres muertos; sucedía con frecuencia que en la misma caja fueran la mujer y el marido, dos o tres hermanos, el padre y el hijo, y así sucesi-

vamente. Y ocurrió infinitas veces que, al ir dos sacerdotes con una cruz a buscar un muerto, se ponían detrás de ella tres o cuatro ataúdes, llevados por los cargadores; y cuando los sacerdotes creían tener que enterrar a uno, se encontraban con seis u ocho e incluso más. Ni cortejo, ni lágrimas, ni cirios los honraban, pues se había llegado al extremo de que nadie se preocupaba por los hombres que morían, igual que hoy nadie se inquieta por la muerte de una cabra; de ello se desprende con toda evidencia que lo que el curso natural de las cosas, con leves y raros daños, no pudo enseñar a los sabios, o sea a soportar con paciencia la adversidad, lo consiguió la magnitud del mal, convirtiendo aun a los simples en despreciosos y despreocupados.

Era tan grande la multitud de cuerpos que todos los días y casi a todas horas llevaban a las iglesias que, no bastando para sepultarlos la tierra sagrada, y mayormente si se quería dar a cada uno su propio lugar, según la antigua costumbre, se hacían en los cementerios de las iglesias, pues todo estaba lleno, fosas grandísimas donde se metían a centenares los cadáveres: una vez amontonados éstos, como se estiban las mercancías en las naves, se recubrían con un poco de tierra hasta que se llegaba a lo alto de la fosa.

Para no entretenerme más con los detalles de las pasadas miserias que se produjeron en la ciudad, diré que aquel infausto tiempo no ahorró sufrimientos a la comarca circundante; en ésta, si dejamos a un lado los castillos, semejantes, en su pequeñez, a la ciudad, los hombres murieron como bestias, tanto la gente de las aldeas diseminadas como los míseros y pobres trabajadores de los campos y sus familias, sin auxilios de médicos ni criados, en los caminos, en los sembrados y en las casas, de día y de noche indiferentemente. Por lo cual, éstos, relajadas sus costumbres como las de los ciudadanos, no se preocuparon de sus asuntos ni de sus bienes. Como si esperaran la llegada de la muerte de un momento a otro, se esforzaban por todos los medios, no por

cooperar a los futuros frutos de los animales y las tierras y de sus pasadas fatigas, sino por consumir los presentes. Los bueyes, los asnos, las ovejas, las cabras, los cerdos, los pollos y los propios perros, fidelísimos al hombre, expulsados de las casas vagabundeaban por los campos, donde las mieses estaban abandonadas, sin ser recogidas ni tan siquiera segadas. Y muchos de estos animales, como si fueran racionales, regresaban solos por la noche a sus casas, saciados, sin comedimiento de pastor, una vez que habían pacido a sus anchas durante el día.

Dejando la comarca y volviendo a la ciudad, qué más puede decirse sino que fue tan grande la crueldad del cielo, y acaso en parte la de los hombres, que entre los meses de marzo y julio se da por seguro que perdieron la vida dentro de las murallas de la ciudad de Florencia más de cien mil criaturas humanas, unas por la fuerza de la pestífera enfermedad y otras por verse mal cuidadas y abandonadas a causa del miedo que tenían los sanos; y de no ser por aquella mortal calamidad, jamás se habría pensado que encerraba tantos. ¡Oh! ¡Cuántos grandes palacios, cuántas bellas casas, cuántas nobles mansiones, llenas antes de familias, de señores y de damas, quedaron vacías hasta del menor sirviente! ¡Oh, cuántos memorables linajes, cuántas opulentas herencias, cuántas célebres riquezas no tuvieron sucesor! ¡Cuántos hombres ilustres, cuántas bellas mujeres, cuántos jóvenes gallardos, a quienes Galeno, Hipócrates o Esculapio hubieran juzgado sanísimos, almorzaron por la mañana con sus parientes, compañeros y amigos, y cenaron por la noche con sus antepasados, en el otro mundo!

Yo mismo lamento tener que entretenerme con tantas desdichas y quiero dejar ya a un lado la parte que convenientemente pueda evitar. Digo, pues, que estando en estos términos nuestra ciudad, casi vacía de sus pobladores, ocurrió que un martes por la mañana (según he sabido luego por persona digna de crédito), en la venerable iglesia de

Santa María la Nueva, se hallaron casi solas, después de los divinos oficios, siete jóvenes damas que estaban de luto, según las circunstancias lo exigían; tenían todas lazos de parentesco, amistad o vecindad, ninguna había pasado de los veintiocho años ni era menor de dieciocho, discretas todas y de sangre noble, y hermosas, honestas y prudentes. Podría decir sus nombres si no me lo vedase una justa razón, la de que no quiero que alguna de ellas pueda avergonzarse en el futuro de las cosas que narró o escuchó, al estar hoy un tanto restringidas las leyes del placer que entonces, por las razones antes mostradas, eran amplísimas, no sólo para su edad, sino para otra mucho más madura; ni tampoco dar pábulo a los envidiosos, dispuestos a criticar las vidas loables, para que mengüen la honestidad de aquellas nobles damas con groseras hablillas. Pero, con el fin de que se sepa sin confusión cuál de ellas habla, les he dado nombres acordes con sus respectivos caracteres. Llamaremos a la primera, la de más edad, Pampinea; a la segunda, Fiammetta, Filomena a la tercera, y a la cuarta Emilia; y después Lauretta diremos a la quinta, a la sexta Neifile; y a la última, no sin motivo, nombraremos Elisa².

Las cuales, no ya movidas por ningún propósito, sino por el azar, se reunieron en una de las partes de la iglesia, como dispuestas a sentarse en corro, y después de muchos suspiros, dejando de rezar padrenuestros, comenzaron a conversar sobre las calamidades de la época. Al cabo de un tiempo enmudecieron las otras y así habló Pampinea:

—Queridas señoras, habéis oído muchas veces, como yo, que a nadie ofende quien honestamente usa su razón. Y es razón natural que todo aquel que nace procure defender y preservar su vida; tan admitido está, que alguna vez ya ha sucedido que, por conservarla, se hayan matado hombres

2. Elisa es el otro nombre de Dido, la reina de Cartago que en el canto IV de la *Eneida* se suicida por amor cuando Eneas se marcha, abandonándola.

en defensa propia. Y si esto conceden las leyes, cuyo objeto es el buen vivir de los mortales, ¿cómo no vamos a poner nosotras, y cualquier otro, remedios que no ofendan a nadie para la conservación de nuestra vida? Ahora que pienso en nuestros modales de esta y otras mañanas, y considero lo triste que son nuestras conversaciones, comprendo, y asimismo lo podéis comprender vosotras, que cada una tema por sí misma; no me maravilla eso, aunque sí me maravilla que a nuestra naturaleza femenina no se le haya ocurrido obtener alguna compensación de aquello que fundamentalmente tememos. Nos hemos quedado aquí, en mi opinión, como si quisiéramos o debiéramos ser testigos de todos los muertos que llevan a enterrar, o de si los frailes de aquí dentro, cuyo número casi se ha reducido a cero, cantan los oficios a las horas debidas, o como para demostrar a quienes nos ven, con nuestro duelo, la calidad y cantidad de nuestras miserias. Y, si salimos de aquí, no vemos sino cadáveres o apesadados por doquier, o vemos a aquellos a quienes por sus crímenes la autoridad de las públicas leyes condenó al destierro escarneciéndolas porque oyen que sus ejecutores están muertos o enfermos, y recorriendo la ciudad con enojoso ímpetu; o a la hez de nuestra ciudad, embriagada con nuestra sangre, llamarse sepultureros y cabalgar y discurrir por todas partes, para ultraje nuestro, acusándonos de nuestros males con deshonestas canciones. Sólo oímos: «los tales han muerto» y «los cuales están a punto de morir»; y, si quedara alguien para llorarlos, por todas partes oíríamos dolorosos llantos. Cuando volvemos a nuestras casas, supongo que a vosotras os ocurre lo que a mí: de toda mi familia, sólo me queda una criada y me atemorizo y se me erizan los cabellos porque creo ver, vaya donde vaya, las sombras de mis difuntos, y no con los dulces rostros que tenían, sino con una horrible apariencia, no sé en dónde nuevamente adquirida, que me espanta. Por todas estas cosas me encuentro a disgusto aquí y fuera de aquí, y en mi casa; y mucho más aho-

ra, cuando ya nadie con dineros y un sitio a donde ir, como nosotras, queda en la ciudad. Y varias veces he visto y oído que los que se quedan no distinguen lo honesto de lo deshonesto, siguen lo que les dictan sus apetitos y, solos o acompañados, de día y de noche, hacen sólo lo que mayor placer les produce; y no sólo las personas seculares, sino también las encerradas en los monasterios, persuadiéndose de que eso les conviene y sólo es reprobable en los otros, rotas las leyes de la obediencia, se entregan a deleites carnales, pensando en salvarse de tal guisa, y se han vuelto lascivas y disolutas. Y si así es, como manifiestamente se ve, ¿qué hacemos aquí? ¿Qué esperamos? ¿Qué soñamos? ¿Por qué somos más perezosas y lentas en salvarnos que el resto de nuestros conciudadanos? ¿Es que somos menos que ellos? ¿O acaso creemos que nuestra vida está ligada al cuerpo con cadenas más fuertes que las de los otros, y que no debemos cuidarnos, pues nada tiene fuerza para ofenderla? Erramos, estamos engañadas, somos estúpidas si así lo creemos; lo veremos muy claro al recordar la flor y nata de jóvenes y damas arrebatados por esta cruel pestilencia. Por eso, a fin de que por desidia o presunción no caigamos en algo de lo que podemos librarnos, creo que vosotras seréis de mi opinión: yo juzgaría excelente que nosotras, en nuestras condiciones, saliéramos de este lugar igual que muchos han hecho y hacen; y, huyendo como de la muerte de los deshonestos ejemplos ajenos, fuéramos a establecernos honestamente en nuestras posesiones de la comarca, que todas tenemos en abundancia; allí nos entretendríamos con fiestas, alegrías y placeres, sin traspasar con ninguno de nuestros actos los límites de la razón. Allí se oyen cantar los pájaros, se ven verdear las colinas y las llanuras, los campos de cereales ondean como el mar, hay árboles de mil especies y el cielo se muestra más abiertamente y, aunque esté enojado, no nos niega sus eternas bellezas, más dignas de contemplarse que las vacías murallas de nuestra ciudad. Allí, además, el aire es

más fresco, hay mayor abundancia de las cosas necesarias para la vida en estos tiempos, y es menor el número de molestias; y aunque también allí mueran los campesinos igual que aquí los ciudadanos, el desagrado es menor, pues escasean las casas y los habitantes. Y aquí, por otra parte, según veo, nosotras no abandonamos a nadie, más aún, podríamos decir en verdad que estamos abandonadas; porque los nuestros, al morir o al escapar de la muerte, nos han dejado solas en tanta aflicción, como si no fuésemos tuyas. No será reprehensible, pues, que sigamos tal consejo; y, de no seguirlo, podrán sobrevenirnos dolor y tristeza, y acaso la muerte. Por eso, paréceme tomemos a nuestras criadas y hagamos que nos sigan con las cosas necesarias, y vayamos de un sitio a otro, aprovechando las fiestas y diversiones que este tiempo puede ofrecernos; vivamos de tal guisa hasta que veamos, si antes no nos llega la muerte, qué fin reserva el cielo a estas cosas. Y recordad que no desdice de nosotras irnos honestamente cuando gran parte de las otras viven deshonestamente.

Las otras damas, oída Pampinea, no solamente alabaron su consejo sino que, deseosas de seguirlo, habían ya entre sí empezado a considerar el modo de llevarlo a cabo, como si, levantándose, fueran a ponerse de inmediato en camino. Pero Filomena, que era discretísima, dijo:

—Señoras, aunque lo que dice Pampinea sea excelente, no hay que correr a hacerlo, como parecéis dispuestas. Acordaos de que todas somos mujeres, y ninguna de nosotras es tan niña que no sepa que las mujeres no se arreglan bien sin la protección de algún hombre. Somos volubles, alborotadoras, desconfiadas, pusilánimes y miedosas, y mucho me temo que, si no aceptamos otra guía que la nuestra, la compañía se disuelva más pronto y con menos honor de lo que sería menester. Por eso conviene que tomemos nuestras medidas antes de empezar.

Dijo entonces Elisa: